

Vuelve hacia el individuo, rechazado  
 Por la herida y doliente sociedad.  
 ¿Qué fuera el mundo al cálculo sujeto  
 De todos sobre todos? ¿Quién creyera  
 A su hermano jamás? ¿Á dónde fuera,  
 Oh Religión, sin ti, la Humanidad?

Tus grandes resultados milagrosos, —  
 He aquí tu prueba, ¡Religión divina!  
 Quien niega tu benéfica doctrina,  
 Á su patria y al mundo hace traición;  
 ¡Necio infeliz, que en su insensato orgullo  
 Sus palabras ensarta en argumento,  
 Y opone sólo frases al portento  
 De quince siglos de virtud y acción!

Sostenme, ¡oh Religión! ¡Al que, contrito,  
 Posa la mustia sien en tu regazo,  
 Siempre para hacer bien sóbrale el brazo,  
 Siempre le falta para el mal valor.  
 Seguirte es hacer bien á mi enemigo,  
 Darle de honor y caridad ejemplo,  
 Y hacer del limpio corazón un templo  
 Digno de dar albergue al Criador!

CORO.

¡Gloria á Dios en los cielos y á su nombre,  
 Que es justicia y piedad!  
 ¡Paz en la tierra y bendición al hombre  
 De buena voluntad!

CUADRO UNDÉCIMO

LA ORACIÓN

Reventó un rayo con fragor horrendo,  
 Cruzó el espacio negro, serpeando,  
 Y los vestidos húmedos tocando  
 Del español, su cuerpo estremeció.  
 Volvió á la vida: el huracán rugía,  
 Y la lóbrega noche le arropaba,  
 Y todo aún en confusión estaba,  
 Menos su corazón, que era de Dios.

La tempestad, dejando las alturas,  
 Concéntrase en el lecho del torrente,  
 Que hinchado por la insólita creciente,  
 Bate la roca y la hace retemblar;  
 Y ora sobre la rauda catarata,  
 Ora en las crespas ondas que se alejan,  
 Los frecuentes relámpagos reflejan  
 Su luz, reverberando sin cesar.

Hállase, al despertar, el caballero  
 Sobre la orilla del abismo hirviente,  
 Arrodillase al borde del torrente,  
 Y así prorrumpe, en éxtasis, después:  
 « Sabio eres, Dios, en permitir que el hombre  
 De su dolor el término columbre.

¿Quién sufriera, si no, su pesadumbre,  
Viendo este abismo provocar sus pies?

» ¿Quién, viéndose á la orilla de la Nada,  
No salvara de un salto, en su despecho,  
Este mezquino y envidiable trecho,  
Diciendo al mundo un eternal adiós?  
Mas, ¿qué es la muerte? ¿Un cambio! El alma  
Leyendo siempre su pasada historia, [queda  
Y llevando tal vez en la memoria,  
Con el recuerdo, el látigo de Dios. . . .

» Soy inmortal, Pubenza; y yo no puedo  
Resolverme á perderte. Si muriera,  
Tal vez tu forma mágica, hechicera,  
¡Ay! fuera á atormentar mi esclavitud. . . .  
Á ti te llama Dios; y ya que el mundo  
Nos separa, mi bien, será preciso  
Viajar, para buscarte, al paraíso,  
Á donde sólo lleva la virtud.

» ¡Dulce será, sin pena, sin deseo,  
La medida colmar de mi esperanza,  
Y contigo, en eterna bienandanza,  
Ir en concierto celebrando á Dios;  
Y ver tus labios sonreír conmigo,  
Y mi ser á tu ser por siempre aliado,  
Por la verdad eterna iluminado,  
Y uno en cuerpo y espíritu los dos! . . .

» ¡Ah! ¡yo estoy delirando! . . . Me ha extra-  
SÍ, me ha extraviado el corazón impío.... [viado,

¡Satánica pasión! . . . Perdón, ¡Dios mío!  
¡Sí, por piedad, perdona mi pecado! . . .  
Si iba á seguir de la virtud la huella,  
No era por ti, Señor; era por ella.

» Y esta profanación es la que impide  
Que se desprenda mi ánima del suelo,  
Porque la gloria, el porvenir, el cielo,  
Y cuanto existe, mi pasión lo mide  
Por su imagen sacrílega y terrena,  
Que á mi pesar el universo llena.

» ¡Haz, Señor, que la arranque de mi seno,  
Y la destierre al fin de mi memoria,  
Para servirte, y consultar tu gloria,  
Libre de todo pensamiento ajeno  
Á aquella santa inspiración divina  
Que hacia Ti nos dirige y encamina!

» Quiero borrar del alma la criatura  
Para admirar al Criador bendito;  
Librarme del martirio del delito  
Para hacerme capaz de tu hermosura,  
Y en mi fe ciega, incontrastable, ardiente,  
Nada sino á mi Dios tener presente.

» Dios y Señor del mundo, á quien eché en olvido,  
Por mi pasión adúltera vencido y arrastrado,  
Ante tu Ser benéfico me postro y anonado,  
É imploro por mis crímenes tu lástima y perdón.  
¡Señor! atiende al hombre proscrito y desvalido,

Sin deudo, hogar, ni patria, que en su aficción se hu-  
Doblando ante tu trono la trémula rodilla, [milla,  
Y dándote, á Ti solo, su fe, su corazón.

» ¡Artífice dichoso, cuya infinita mano  
Recoge entre su palma los orbes rutilantes,  
Guardián á cuyo aliento se mueven, y constantes  
Sus giros portentosos sin encontrarse dan!  
¡Conservador del mundo, que al tímido gusano  
Por entre el polvo mísero le trazas su camino,  
Cual trazas entre el hórrido, inmenso torbellino,  
Las infinitas órbitas por do los astros van!

» ¡Criador, en cuya ciencia la eternidad futura  
Existe, cual existe la eternidad pasada!  
¡Principio fecundante, en cuyo seno nada  
Lo que el futuro guarda con lo que ha sido ya!  
¡Poder que de tu trono, radiante de hermosura,  
La infinidad dominas con tu asombrosa mente!  
¡Señor para quien sólo existe lo presente,  
Porque en tu seno el tiempo recopilado está!

» ¿Es cierto? ¿No me engaño? ¿Tus ojos paternales  
Escudriñar se dignan al ente desvalido,  
Habitador del átomo que rueda confundido  
Con miles de millones de mundos á tus pies?  
¿Es cierto? ¿No me engaño? ¿Alcanzan los umbrales  
Del hombre tu mirada, tu excelso pensamiento,  
¡Oh Dios! que con quererlo, el ancho firmamento  
Poblado de universos bajo tus plantas ves?

» ¡Ah! sí; que si es inmensa tu creación bendita,  
Si inúmeros se mueven bajo tus pies los orbes,

En sus inertes masas tu actividad no absorbes;  
Lanzástelos, y siguen esclavos de tu ley;  
Mas diste al hombre el alma, do el pensamiento habita,  
Sedienta de adelanto, de eternidad, de ciencia,  
Y le dejaste libre para adorar tu esencia,  
É hicístele con eso del Universo rey.

» Do quiera está tu Espíritu de caridad escrito,  
Do quier sobre mi especie tu Inteligencia vela;  
Hasta el dolor la diste, que, eterno centinela,  
Del vicio la escudase, probando su valor.  
Sí; ¡la virtud es hija de tu dolor bendito!  
Que, sin dolor, ni lucha ni libertad habria,  
Y el hombre, como el árbol monótono, vería  
Moverse indiferente el mundo en su redor.

» Mas tú, Señor benévolo, á su virtud le trazas  
Entre tormento y luchas heroicas su camino;  
La pruebas, la confortas, y del Edén divino  
Á su constancia ofreces el inefable don.  
Y al justo y al perverso, con premios y amenazas,  
Á amarse mutuamente, ó á respetarse, obligas,  
Y mientras el bien del hombre á la justicia ligas,  
Por norte á la justicia le das tu Religión,

» Tu Religión, que sólo de Ti venir podía;  
Que inspira al individuo el propio sacrificio,  
Para que, por su ejemplo, avergonzado el vicio,  
Á su destino deje llegar la Humanidad [más guía!  
¡Fe ciega! ¡no hay más ciencia! ¡Martirio! ¡no hay  
Que el uno por los muchos trabaje, sufra, muera,

Y que á unos pocos mártires la Humanidad entera  
Les deba su progreso, su bien, su libertad.

» En tanto de la víctima la sociedad se olvida.  
No hay premio para ella; su mérito se ignora;  
Calumnia acaso al mártir la turba pecadora,  
Mientras la sirve el mártir por el amor de Dios. . . .  
¡Señor, bendito seas! ¡Compláceme la vida!  
Por Ti doblar quisiera mis penas y mi afrenta. . . .  
Vosotros ¡oh filósofos! ¡si el mal os atormenta  
Mirad que son deleites la angustia y el dolor!

» ¡Señor! ¡que así en el mundo cultivas la justicia  
Que la ventura humana bajo tu egida labra!  
:Tu código de gracia, tu imperio, tu palabra,  
Extiende, ¡oh Dios! del orbe al último confín!  
Y que á tu yugo leve la Caridad propicia  
Con su paciencia y lágrimas someta la ancha tierra,  
Y entre hombres y naciones acábase la guerra  
Para que te ame próspera la Humanidad por fin.

» Eres activo, sabio, benévolo, fecundo;  
Tu amor no tiene límite, descanso ni mesura;  
El Universo vasto, la mísera criatura,  
Lo inmenso y lo mezquino te debe el ser á Ti.  
Quizá más ciencia y tiempo que en el inerte mundo  
Gastaste en el insecto que imperceptible vive. . . .  
Pues todo cuanto alienta, de Ti su bien recibe.  
¡Señor! ¡mi Dios! ¡mi Padre! ¡apiádate de mí!

» Ó si te ofendo, hiéreme, pero á mi patria, España,  
En tu piedad redime de la hórrida anarquía,

Y vuélvela, benévolo, la paz y la armonía  
Para que el orbe atónito su admiración la dé;  
Y de uno al otro polo, cuanto el Océano baña,  
Ame, por el bien que hagan, su nombre y su bandera,  
Para que extienda rápida por la poblada esfera,  
Con su poder süave, tu redentora fe.»

La oculta luna con su rayo opaco  
Del español la forma medio alumbraba:  
Hernán, llegando entonces, le columbra,  
Y párase, escuchando su oración.  
Y de su ejemplo y actitud movido,  
Detrás del castellano cae de hinojos,  
Y húmedos siente en lágrimas los ojos,  
Y eleva á Dios también su corazón,

Gonzalo, en tanto, atribulado y mudo,  
Cruza los brazos sobre el ancho pecho,  
Y lanza una mirada de despecho  
Hacia la negra y honda cavidad.  
Absorto sobre el borde del abismo,  
Á la luz del relámpago sombría  
El genio de la noche parecía,  
Viendo á sus pies rodar la tempestad.

—¡Gonzalo! — exclama Hernán. — ¡Señor! —  
Volviendo el otro atónito la frente, [contesta,  
Y arrodillado orillas del torrente  
Se encuentra cara á cara con Hernán.  
El uno frente al otro, sorprendidos,  
De hinojos ambos sobre el frío suelo,

Bajo el oscuro pabellón del cielo,  
Mudos como dos árboles están.

Míranse de hito en hito, sin hablarse,  
En solemne y simpático reposo,  
Y de amistad un pacto generoso  
Forma el silencio, intérprete á los dos.  
La gratitud le dicta, el cielo le oye,  
Le alumbra el rayo, le celebra el trueno,  
Y viendo que es magnánimo y que es bueno,  
Le bendice el Espíritu de Dios.

Así hablan luego :

HERNÁN.

Por piedad, amigo,  
Perdona... te he injuriado... sí... mi labio,  
Mas no mi corazón, te hizo un agravio,  
Cuando de Álvaro al campo te llamé...  
Pero... ¡ah! traidor te proclamaban todos...  
De Álvaro hermano, prófugo, proscrito,  
Al verte entre la muerte y el delito,  
¡Pobre de mí! de tu virtud dudé.

Pero ya creo en ella... ¡Ah! tu salvaste  
Mi vida en otro tiempo. Hoy has salvado  
Mi alma, mi honor. Al verte tan honrado  
a Y llamarte mi amigo, soy mejor.

GONZALO.

¡Dios te protege, España!... Su estandarte  
Juremos defender de los traidores...

HERNÁN.

Y de sus mismos torpes defensores.

GONZALO.

Con lealtad.

HERNÁN.

Con valor.

GONZALO.

Y con honor.

HERNÁN.

Si, por el Rey, por ella venceremos.

GONZALO.

Ó moriremos mártires.

HERNÁN.

¡Sí, amigo!

GONZALO.

¡Ven, generoso Hernán, yo te bendigo!  
Hasta en la humanidad ya tengo fe.  
¡Ven! Abrázame, Hernán. Un hombre solo  
Á su raza infeliz salva y redime,

Y del oprobio y del baldón la exime  
Siempre que Dios un corazón le dé.

## HERNÁN.

Basta, basta, Gonzalo. ¡Tus verdugos  
Pueden llegar... De la naciente aurora  
La tibia luz los horizontes dora...  
De la selva apresúrate á salir.  
Sólo una senda hay libre... Tu caballo  
Está del monte en la vecina orilla...  
¡Qué! ¿lloras?... No... no enjugues la mejilla,  
Que no es vergüenza en el varón sentir.

Deja correr la lágrima bendita,  
Palabra melancólica del alma :  
Corriendo el lloro, el corazón se calma ;  
El lloro apaga el fuego del dolor...  
¡Presto! ¡á caballo! ¡parte! Ésa es la senda.  
Toma á la izquierda, atravesando el río...  
¡Librete Dios del opresor impio!  
¡Sea contigo el brazo del Señor!

Volví dulce la tranquila hora  
En que la lluvia, el viento, el trueno, callan,  
Y brillan las estrellas, y no hallan  
Nube que eclipse su argentada faz.  
Ya la luna hacia el fin de su carrera  
Iba lenta bajando al horizonte,  
Y vertía en la cúspide del monte  
Un rayo melancólico de paz.

Hernán, en tanto, desde el alto pico  
De un calvo risco, sirve de atalaya :  
Ve al proscrito bajar, cruzar la playa,  
Y vadear el torrente bramador ;  
Y — ¡adiós! — dice, agitando el blanco manto,  
Dos y tres veces, desde la alta cresta ;  
Y una, dos, y tres veces le contesta  
El proscrito infeliz : — ¡Adiós! ¡Adiós!

## CUADRO DUODÉCIMO

## ESPADA Á ESPADA

Aplazado el combate, Álvaro piensa  
En don Pedro tan sólo : el buen anciano  
Está tendido en la mitad del llano  
Bajo su tosco manto militar ;  
Su espada al lado, sobre el seno el brazo,  
Las recias piernas juntas y tendidas ;  
Á no verse en su pecho las heridas,  
Pareciera don Pedro descansar.

Flotan del casco en profusión espesa  
Los rizos de su cándido cabello,  
Y al uno y otro lado de su cuello  
Se agrupan como lirios á su sien :  
Velados por los párpados sus ojos  
En su entreceja pálida y extinta